

Louis de Bernières

Dionisio Vivo y el señor de la coca

Roger Wolfe (trad.), Destino, México, 2000, 342 págs.

Damián Maldonado

Louis de Bernières es deudor y entusiasta de Gabriel García Márquez, pues la evocación de Macondo persiste como un embrujo en su imaginario, como en el de todos los lectores de *Cien años de soledad*. Sin embargo, el *topos* del Nobel colombiano adquiere, aquí, la dimensión de lejana Arcadia en un país sudamericano gobernado por “los señores de la coca”. Ipasueño es la ciudad invadida por los sicarios de Pablo Ecobandodo, el Jerarca. Pero también es la de Dionisio Vivo, mito viviente, cuyo ideal es desterrar, mediante las “cartas de la coca”, a los usurpadores de una vitalidad que es común a los nacidos en tierras latinoamericanas: “Nuestro país solía abundar en cultivos y plantaciones que florecían y alimentaban a toda la nación[...] Hubo un tiempo en que todos nuestros hombres se consideraban honrados cuando las mujeres les permitían disfrutar de sus encantos”. Si bien hay un presente catastrófico que todo lo devora, el futuro se avizora pleno si se utilizan las armas del pensamiento. De esta mirada de esperanza se podría inferir porqué la novela gozó de una lectura masiva: divierte pero también enseña, apotegma que Cervantes ya había sentenciado siglos atrás.

El libro forma parte de la trilogía novelística que De Bernières elaboró después de vivir una temporada en Colombia: *The War of Don Emmanuel's Nether Parts*, *The Troublesome Offspring of Cardinal Guzman* y *Señor Vivo and The Coca Lord*.

Resulta curioso que un escritor de habla inglesa se ocupe del tema que habían hecho suyo los colombianos:

la violencia. Sobre todo si pensamos en que esta preocupación atiende a una vocación eminentemente comprometida con la situación política del país. Así, *Dionisio Vivo y el señor de la coca* hace una lectura nítida y se inserta, de esta manera, en la tradición literaria de la violencia, la cual ha escogido el espacio de la novela como foro donde se opina, se discute e incluso se propone. ©

Jean Delumeau

Historia del Paraíso I. El jardín de las delicias

Sergio Ugalde Quintana (trad.), Taurus, Ambassade de France/CCC IFAL, México, 2003, 448 págs.

Isaac García Venegas

Últimamente la historiografía parece debatirse entre dos preguntas fundamentales: el porqué o el cómo del pasado. Durante mucho tiempo la primera pregunta fue indispensable para los historiadores, y reflejaba su ambición *por* y confianza *en* explicar el pasado. En un registro distinto, la segunda pregunta, predominante en los últimos años, se centra preferentemente en la necesidad de describir o reconstruir el pasado. “El historiador –afirma Jean Delumeau en este libro– intenta reconstruir lo mejor que puede los universos de antaño”. No cabe duda de que *El jardín de las delicias* es una muestra, brillante y cabal en sus propios términos, de ello.

Este historiador francés se ha caracterizado, desde hace 20 años, por sus inquietudes poco comunes. Si en *El miedo en Occidente* se ocupó de un tema tan poco manido, en *El pecado y el miedo, calmar y proteger*, y *La confesión y el perdón*, hizo la historia de los remedios que esos hombres asustadizos opusieron a sus temores. Ahora, con la *Historia del Paraíso*, da un paso más en esta

dirección al revivir los sueños de felicidad de aquellos hombres.

En *El jardín de las delicias* (el primero de los tres tomos que conforman la *Historia del Paraíso*) Jean Delumeau ofrece, con erudición y precisión, las vicisitudes que la noción del Paraíso tuvo entre los siglos XIV y XVIII, para lo cual se vale de textos sagrados originales, libros de viajes, mapas e imágenes. Estas vicisitudes no se refieren solamente al modo en que se concebía el Paraíso –por ejemplo, como estancia intermedia en la que los justos esperaban la resurrección o como tierra inaccesible que, no obstante, tocaba algunas tierras circundantes con sus prodigios– sino también a la manera en que se concebía la geografía del mundo y la ubicación exacta del Paraíso en el orbe terrestre, antes de que los conocimientos ilustrados lo borrarán, literalmente, del mapa.

Con todo, este libro es solamente eso: la reconstrucción de los ires y venires de un sueño de felicidad. En ella impresiona la ausencia de toda referencia a una realidad concreta. Pareciera que los sueños son, sin más, entidades lentamente mutables que prescinden de otras realidades (económicas, sociales, políticas) y que se sueñan de igual forma en latitudes distintas, geografías sociales diversas, y tiempos diferentes.

Antes de morir, en un texto que se volvió justamente célebre, el historiador Marc Bloch señaló que no importaba saber si Jesús había muerto en la cruz o no, sino por qué durante dos milenios tanta gente ha creído en ello. Esta observación inteligente y aguda de un historiador cuya bandera era el porqué del pasado resulta prescindible para un historiador que, como Delumeau, se halla inmerso en la pregunta del cómo. ©